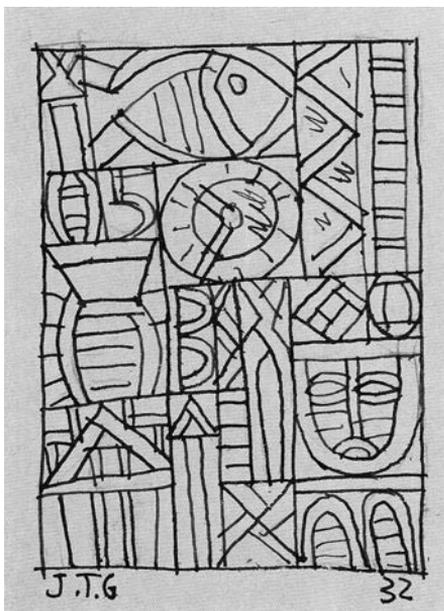


Eugenia ORTIZ GAMBETTA

Sistema Nacional de Investigadores, ANII



Joaquín Torres García
Dibujo Constructivo, 1932,
tinta sobre papel.

PROEMIO

El escritor extraterritorial: una tendencia en la literatura mundial

La escritura apátrida

Cuando Fernando Aínsa vino a la Universidad de Montevideo a dar su curso “Palabras nómadas: nuevas cartografías de la pertenencia”, le señalé con sorpresa el adjetivo que había elegido para el título. En Uruguay se suele usar el término “nómade” más que “nómada”, aunque la segunda es una variación empleada en España, lugar de residencia del crítico y escritor nacido en Montevideo. Este título, además, pertenece al libro publicado

por Iberoamericana/Vervuert en 2012, que el autor vino a presentar en aquella ocasión. El mentado adjetivo fue la clave del seminario y también de varias conversaciones que tuvimos con Aínsa por esos días, junto con alumnos y exalumnos de la Universidad de Montevideo y de la Universidad de la República que asistieron al curso de posgrado.

Sin duda que el crítico uruguayo había escrito “nómada” por el contexto editorial de la publicación;

pero, además, el estudio se centra en un fenómeno moderno de la literatura y novedoso en el sistema hispánico. Ahí se recoge la tendencia de los últimos treinta años en los que se ha multiplicado el número de escritores de origen latinoamericano que producen y publican fuera de sus países de origen y, a veces, en un idioma diferente al materno.

Así pues, el estudio aborda aquello que ya había comentado George Steiner en su ensayo “Extraterritorial”¹ sobre ciertos autores europeos. La tesis del crítico parisino es que, desde cierto punto de vista, casi todos los autores son extraterritoriales en cuanto que sus posibles hipotextos se han originado en otras lenguas, y sus ideas se han leído y trasladado a otros idiomas. Y, por otro lado, desarrolla el caso de autores como Nabokov o Wilde que efectivamente escribieron parte de su obra en una lengua diferente a la materna por preferencia estilística o por migraciones elegidas u obligadas².

Steiner menciona también a Jorge Luis Borges como uno de estos autores *extraterritoriales* en relación a la infancia del autor, a sus influencias y gustos literarios. Pero en el siglo XX, y más aún el XXI, se engrosa la lista de estos

autores, entre los que podríamos mencionar a Alejo Carpentier, Héctor Bianciotti y Juan José Saer, entre otros latinoamericanos.

La realidad descentrada de ciertas escrituras recientes, como percibe y analiza Aínsa, no es sólo un fenómeno posmoderno desde una perspectiva ideológica sino que, ya sea por la facilidad de los desplazamientos y la rapidez de las comunicaciones, ya por las características de la cultura global, es cada vez más frecuente. A su vez, las editoriales favorecen la circulación de textos de autores multilingües o que no son fáciles de identificar con un estado-nación.

El cruce entre nación e identidad literaria

Quizás por necesidades de renovación o por el exotismo latente que conserva el lector occidental, hemos conocido en los últimos tiempos una serie de autores africanos y asiáticos que no se habían traducido antes al español. Así como el *boom* latinoamericano respondió a una necesidad estética y editorial europea de las décadas del 60 al 80, algo similar sucedió con las literaturas llamadas (a veces, apresuradamente) *poscoloniales*, es

¹ George STEINER: “Extraterritorial”, en *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*. Traducción de Edgardo Russo, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2000, pp. 15-25.

² George STEINER: “Extraterritorial”, pp. 16-20.

decir, los textos de autores de antiguas colonias europeas de Asia y África que tratan de su compleja identidad religiosa y cultural. Casos como los de John Coetzee, Michael Ondaatje y V. S. Naipaul se convirtieron en los nuevos escritores que atrajeron la atención de críticos y lectores del mundo en los últimos quince años. La lista de estos autores, y la de otros que aprovecharon el nuevo interés del mercado, fue creciendo y así se fue instalando, en el ámbito académico y periodístico, la pregunta por la conveniencia de seguir etiquetando textos de acuerdo a una identidad espacial.

En la tradición latinoamericana hoy es casi excluyente hablar de sistemas literarios vinculados con nacionalidades existentes. Las categorías de literatura uruguaya, venezolana o chilena surgieron de la necesidad de los grupos que gestaron las independencias y que planificaron las organizaciones nacionales. Los primeros movimientos independentistas no hablaban de identidades nacionales en los términos de hoy en día. Es común ver en documentos, periódicos y proclamas como, por ejemplo, las de la Asociación de Mayo de Esteban Echeverría en la que se mencionaba una identidad americana por sobre cualquier otra

categoría nacional³. Con el tiempo y la modernización de los estados, se comenzó a dar aquello que Benedict Anderson conceptualizó como comunidades imaginarias, es decir, una identidad colectiva y local compartida en los medios de prensa de su época. Esa identidad en cada país latinoamericano fue insertándose en los discursos del estado-nación, en los que la identidad se construía a partir de la comunión de un espacio, una lengua y una cultura.

En el caso de América Hispánica, como comentan varios críticos e historiadores de la cultura del continente, el idioma no podía ser una herramienta de diferenciación identitaria entre los jóvenes países del siglo XIX. En primer lugar, por la evidente elisión de las lenguas aborígenes del horizonte cultural, por las diferencias dialectales coexistentes y la falta de definición de fronteras físicas, y la aparición de novedades sociales y étnicas como consecuencia de las inmigraciones masivas. Así, las primeras literaturas canonizadas por los gobiernos (necesarias para acrecentar la identidad en la escolarización de los ciudadanos) fueron aquellas que representaban, en primer lugar, realidades espaciales únicas con las que el estado central se vinculaba.

³ AA. VV.: *El Salón Literario*, Félix WEINBERG (ed.). Hachette, Buenos Aires, 1958.

Y, en segundo lugar, realidades modélicas y políticas deseables⁴.

A partir del regionalismo como fenómeno de autodescubrimiento del escritor en su tierra y en su lengua, y de la creciente circulación de la literatura latinoamericana como un todo diferente pero indistinto entre sus partes para el lector europeo, se tendió a vincular el espacio de América Latina como generador exclusivo de una literatura de realismo mágico y mundos míticos, subversión y dictaduras, marginalidad y subdesarrollo. Esos temas y sus derivados caracterizaron *grosso modo* la producción cultural vista *desde afuera* (y a veces asumida internamente), aunque *desde adentro* no todos los creadores aceptaran ese papel.

Lo que sigue, pues, es ver qué pasa hoy con la llamada literatura latinoamericana. Algunas respuestas posibles son las que se congregan en blogs, redes sociales y revistas, como nuevas plataformas de diálogos entre autores en habla y/o cultura

hispanica; desde el punto de vista de la crítica, la creciente mirada que supera la equivocidad de lo poscolonial, como las revisiones de Walter Mignolo⁵ y Mabel Moraña⁶, y también perspectivas aportadas desde América Latina o desde Israel, como el renovado concepto de transculturación y la teoría de los polisistemas.

De la teoría de los polisistemas a la *Weltliteratur*

A partir de lo dicho, se vienen congregando diversas voces desde la crítica y la academia para superar las etiquetas nacionales, aunque estas tengan una fuerza de comunicación inmediata. Esta mirada responde a diversas cuestiones y una de ellas es la necesidad de entender un sistema literario ya no como en el siglo XIX y XX, es decir, como un marco de canonicidad que aseguraba la representación de un colectivo y un grado de calidad. La

⁴ Sobre la función de la literatura en la conformación social y política de los siglos XVIII y especialmente, del XIX, se puede mencionar el célebre trabajo de Nancy ARMSTRONG: *Desire and Domestic Fiction: A Political History of the Novel*. Oxford University Press, 1987 y, en la órbita latinoamericana, los de Doris SOMMER: *Fundational Fictions. The National Romance in Latin America*. University of California Press, Berkeley / Los Ángeles, 1993, y Raúl IANES: *De Cortés a la huérfana enclaustrada. La novela histórica del romanticismo latinoamericano*. Peter Lang, New York, 1999, por mencionar algunos representativos.

⁵ Walter MIGNOLO: "Herencias coloniales y teorías poscoloniales". En: Beatriz GONZÁLEZ STEPHAN, *Cultura y Tercer Mundo: 1. Cambios en el Saber Académico*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996, pp. 99-136; y "Postoccidentalismo: el argumento desde América latina". En Santiago CASTRO-GÓMEZ / Eduardo MENDIETA (eds.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Miguel Ángel Porrúa, México, 1998.

⁶ Mabel MORANA: *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericana*. Iberoamericana / Vervuert, Madrid / Frankfurt, 2004.

desterritorialidad es cada vez más un fenómeno omnipresente que se encuentra con el límite propio de una categoría de sistema cerrado, al decir de Even-Zohar⁷.

Un sistema de literatura nacional entendido como *corpus* y unas prácticas culturales que se asocian semióticamente con una identidad fueron funcionales en un momento determinado. Sin embargo, entender las realidades semióticas como sistemas no estáticos sino dinámicos habilita otro modo de comprender los textos. Para la escuela israelí que propuso esta teoría hablar de polisistemas permite, entonces, estudiar por ejemplo las publicaciones de autores de élites junto con los *betsellers*, a partir de lo cual se podrían entender las dinámicas internas de una cultura. Además, permite entender un sistema literario más allá de la producción en un solo idioma, cultura o espacio. Esta mirada busca superar las dicotomías del centro y la periferia, ya que “un polisistema, no obstante, no debe pensarse en términos de un solo centro y una sola periferia, puesto que teóricamente se suponen varias de estas posiciones”⁸. Así, por ejemplo,

sería más conveniente hablar de literaturas regionales, dialectales o globales, y tener en cuenta aquello que Mary Louise Pratt retoma de la lingüística al referirse a las “zonas de contacto”⁹, es decir, aquellos espacios semióticos en los que lo local se encuentra con lo global y se producen nuevas realidades.

En esta línea, es curioso cómo se ha dado en la academia anglosajona un alegre encuentro con el término “transculturación”, tan conocido e integrado por los latinoamericanistas. Ese término, que condensa el concepto de una realidad nueva que surge del contacto de una cultura con otra, sin desplazamientos sino con hibridaciones, fue mentado por Fernando Ortiz¹⁰, valorado por Malinowski, y estudiado en la narrativa modernista por Ángel Rama¹¹. Actualmente, tiene un lugar de preferencia en la academia norteamericana y europea, y se han creado centros de investigación sobre estudios transculturales en varias universidades de prestigio. Lo transcultural, luego de lo poscolonial, lo post-occidental o la globalización, es un concepto de adecuada plasticidad para entender

⁷ Itamar EVEN-ZOHAR: *Polisistemas de cultura*. Universidad de Tel Aviv, Tel Aviv, 2007-2011, pp. 23-52. En: < http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/polisistemas_de_cultura2007.pdf >.

⁸ Itamar EVEN-ZOHAR: *Polisistemas de cultura*, p. 6.

⁹ Mary Louise PRATT: “Arts of the Contact Zone”, en *Profesión 91* (1991), pp. 33-40. En < http://learning.writing101.net/wp-content/readings/pratt_arts_of_the_contact_zone.pdf >.

¹⁰ Fernando ORTIZ: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Cátedra, Madrid, 2002.

¹¹ Ángel RAMA: *Transculturación narrativa en América Latina*. El Andariego, Buenos Aires, 2007.

no sólo el mundo contemporáneo o los procesos de modernización, sino también cualquier realidad de permeabilidad entre dos identidades en interacción.

Un paso más es el que han dado Pascale Casanova con su *La République mondiale des lettres*¹² o Franco Moretti y sus textos recogidos en *Distant Reading*¹³ en donde proponen considerar los sistemas literarios como fenómenos con un dinamismo propio. Así, por ejemplo, Moretti retoma el término goethiano *Weltliteratur*, literatura mundial, para volver a considerar ya no las literaturas de acuerdo a producciones nacionales o idiomáticas, sino desde el punto de vista de lo que se tiene en común. Goethe había utilizado el término en una serie de escritos a principios del siglo XIX, cuando comenzaban a circular entre sus allegados textos de diversas partes del mundo oriental y los extremos del occidental. Goethe veía que ese contacto con cosmovisiones diversas, a partir de novedosos textos, mostraba que la poesía no era patrimonio de un solo estado o nación, sino de toda la humanidad. Aunque lejos estaba de considerar un modo de estudio arquetípico ni globalizado en el sentido actual del término, el escritor alemán estaba anunciando

una realidad que se volvió evidente a finales del siglo XX.

La reinstauración del concepto de *Weltliteratur*, ya conocido en programas universitarios hispanoamericanos, se da en Estados Unidos y en Europa no sin controversias. Si bien puede encubrir una estrategia para abaratar costos en los centros universitarios del mundo, también sirve goethianamente para hacer lecturas integrales que partan de la consideración de constantes antropológicas y superen las etiquetas o los prejuicios; sin dejar de lado, desde luego, su contexto.

Un movimiento pendular

En América Latina, y por las mismas décadas en las que se celebran los bicentenarios de las independencias, se nota cada vez más la globalización de los autores. Como en un movimiento pendular, esta reivindicación de lo propio convive con una descentralización de las producciones culturales y su circulación más ágil en diversos medios. Ya no pareciera existir, en general, ese dudoso superyó del autor en cuanto a temas o asuntos a tratar. Está claro que la historia general, la política y la microhistoria

¹² Pascale CASANOVA: *Le république mondiale des lettres*. Éditions du Seuil, Paris, 1999.

¹³ Franco MORETTI: *Distant Reading*. Verso, London, 2013.

se entrelazan y motivan argumentos y caracterizaciones, pero no son asuntos exclusivos.

Por otro lado, como se nota en el estudio y en la vida de Fernando Aínsa, el interés por el nomadismo en la literatura, los transvases, las migraciones obligadas o autoimpuestas, sustentan la escritura en un punto que debe ser considerado. Muchos autores hispánicos escriben desde España, Estados Unidos, Francia u otro país latinoamericano. Muchas veces, los autores escriben en idiomas o dialectos no maternos, o convierten en idioma literario un *argot* o usos expresivos cotidianos hasta el límite de la estandarización, como el caso del *espanglish* o el *portuñol*. La intromisión de léxicos y dialectos, las traducciones de expresiones, las combinatorias lingüísticas que se producen en la mente son constantes

y pueden generar grandes hallazgos para la lectura crítica.

Los artículos de este número de *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo* responden a una convocatoria hecha a partir del mentado curso de posgrado y como respuesta a la tendencia transnacional de la cultura. Así, las colaboraciones que respondieron al llamado recogen la actualidad de este abordaje, ya que cualquier tipo de desplazamiento se palpa en obras contemporáneas. Con todo, será necesario seguir estudiando los fenómenos de esta “era del refugiado”¹³, porque desde esta perspectiva surgen identidades plurales, al decir de Aínsa¹⁴, que permiten una comunicación horizontal, más allá de los tópicos sobre los orígenes estatales o monoculturales.

¹³ George STEINER: “Extraterritorial”, p. 25.

¹⁴ Fernando AÍNSA: *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Iberoamericana / Vervuert, Madrid / Frankfurt, 2012, p. 11.